



SIMPLICIO

PEDRO TRIGO

SIMPLICIO

El asunto de **Simplicio** es una historia simple y genérica: Un viejo marino vive solo en los restos de su barco encallado. Un día pescando encuentra a un niño abandonado. Lo acoge y lo educa. El muchachito crece en tanto el viejo se va apagando y muere. El muchacho queda solo en el viejo cascarón impregnado del recuerdo. Antes de morir, el viejo encomienda al cura que se haga cargo del niño. Pero no es posible reducir al que nació libre como los elementos, Sin embargo tampoco es viable una vida en soledad.

Estos materiales, ordenados cronológicamente, hubieran dado un folletín sentimentaloides y convencional. Y algo de eso todavía queda. Pero no es esa la forma de la película. La película comienza con el muchacho solo ya y amenazado y se cierra cuando las amenazas se cumplen. Es un tiempo corto, como de un mes. Un tiempo en que combaten, como vientos contrapuestos, dos tiempos: el presente que pretende engullir al muchacho y el pasado que pretende labrar un futuro en el presente hostil. De esta manera la película vence la superficialidad lineal y entra de algún modo en la dimensión de la realidad al estructurarse como un forcejeo entre la subjetividad que trata de acomodar el mundo

de modo que la persona sea posible y la exterioridad que, concebida como una lucha por la vida, desconoce a la persona y acaba por anularla. El hombre no es asumido como la alimaña acosada por los perseguidores y presa finalmente de su saña; el hombre no es simplemente la víctima. Tampoco es el ser que se construye la casa de sus sueños y la habita en gozosa autonomía; el hombre no es aún el rey de la creación. Es un ser posible y precario. La producción, la economía es el requisito mínimo que lo hace posible; la amistad es su sustancia, su fuerza y su fin; y el recuerdo, su defensa, su palanca, su victoria sobre el tiempo.

El pasado se vuelca sobre el presente narrativo de la película como el mar devuelve un día a la playa los tesoros depositados en él. La educación como una siembra que, tras mucho tiempo de gestación, de pronto da fruto. Es esto, a nuestro modo de ver, lo más valioso de la película, el aporte a la actual situación venezolana. En la película se hace vivo y presente un proceso del que andamos muy necesitados y en el fondo deseosos: el proceso educativo. No una educación como simple inversión de dinero y tiempo, como transmisión de conocimientos formalizados y asepticos sino como transmi-

sión de experiencia, de sentido, de valores en el acto persistente de confiar en lo que aún no es, de esperar lo que sólo aparece en ciernes, esperarle, darle tiempo, no sustituir al que vendrá sino darle lugar y ánimos para que venga.

Y este ritmo del presente y del pasado está fluidamente articulado en la película: Comienza con el presente inhóspito resueltamente encarado. Sigue, como descubrimiento del secreto de la entereza del muchacho, el amplio recuento de su formación. Después pasado y presente se entrecruzan casi sin solución de continuidad, hasta que queda de nuevo en la pantalla sólo el presente, depositado ya el recuerdo en el espectador.

Ese modo de vida, concebido como desarrollo del amor pedagógico, va tallando una figura, la misma figura, diríamos la única figura de cine venezolano: la del rebelde. Se parte de la condición de pobre. Pobre es el que no es nadie para los demás, el que no tiene suficiente prestancia como para crearle problemas a nadie. Desde esa situación el ordenamiento social queda descalificado ya que carece de contenido para el pobre, no cumple lo que dice ser. Sus quejas no son tomadas en cuenta, su trabajo no es justamente valorado. Si él no es

nada para la sociedad ¿qué puede ser la sociedad para él?. De aquí no se saca la consecuencia —como en otras películas— de la necesidad de la agresión para sobrevivir. Aquí se intenta la autarquía, la prescindencia. No hacer mal a nadie, no hacer caso de las habladurías, hacer valer sus derechos sólo en caso de necesidad. Reservar las energías y el tiempo para vivir: el trabajo, el ocio placentero, el juego, la amistad. Vivir para hacer feliz a quien se quiere. Y el ámbito de la vida, la naturaleza libre: la tierra, el aire y el mar. Es el Emilio roussoniano que tanto amaron Simón Rodríguez y el Libertador, pero como ellos y tantos otros lo interpretaron desde aquí, un hombre natural en un mundo aún salvaje, inacabado. La aparente naturalidad del Emilio esconde el enorme espesor de las generaciones hecho sabiduría corporal fácilmente susceptible. La naturalidad en el Nuevo Mundo requiere no ya de una partera sino un maestro vivo con quien entablar el diálogo activo y fecundo de la vida. Y Emilio esconde sobre todo la condición burguesa, sólo así es posible fingirlo. Un Emilio pobre es un rebelde con causa.

Y aquí radica el lado débil de la película. No es que pidamos a Rubartelli un por menorizado análisis clasista.

Sí le pedimos que al menos este análisis funcione como presupuesto. Y no es así. En la película la gente es mala y envidiosa, eso es todo. La tímida alusión final del cura a la injusticia social queda descalificada como idealismo celestial. La sociedad es, pues, mala; el pobre es el marginado social. Que por otra parte prefiere su marginalidad por la cuota de libertad que encierra; y no se deja integrar. Entonces estamos ante un caso patético: La vida que lleva el muchacho es más hermosa que la que le propone el cura, pero es imposible. Uno comparte la decisión del muchacho y luego se compadece de su suerte. Por eso sale del cine pensando que así es la vida: adaptación o muerte. ¡Qué le vamos a hacer!

Pero el dilema es falso. No sólo por la manera sumaria, indiferenciada, irreal y encubridora como encara la exterioridad social sino por la falsedad latente que encierra tanta hermosura. La relación del viejo y el niño se sitúa a veces al nivel de la ternura como pretendido nivel de realidad. Y cuando el sentimiento no es la resonancia de una relación que tiene un contenido propio, que implica una acción sobre la realidad, sino algo en sí, se devalúa y se degrada. Y esto ocurre en alguna medida en el film de Rubartelli y, si no llega a invalidarlo, sí le impide llegar a ser el hondo poema que pudo haber sido.

El film gusta a nuestro pueblo, como por ejemplo gustó *Canción Mansa*. Pero

es el mismo problema que se debate a propósito de la TV cultural: El producto científicamente dosificado o la indagación, provocar efectos tocando resortes conocidos o tratar de inventar nuestra imagen auténtica y desconocida. Realismo crítico o conivencia; sublimación poética o simplificación esteticista. Tal vez hasta ahora, hablando generalmente, nuestros cineastas hayan optado por un poco de cada.

Simplicio aprovecha un filón inexplorado en nuestro cine. Acierta en el tono general, aunque peca de facilismo. Acierta en el montaje dramático en el que el cura y sobre todo el sacristán contribuyen a aliviar el melodrama, aunque estos personajes

resultan un tanto arbitrarios. Y, con todos los reparos, resulta provechoso para nuestro pueblo contemplar un proceso educativo, en una circunstancia nacional en la que el amor pedagógico —el padre, el maestro, el consejero— se ha vuelto un bien escaso.

FICHA FILMICA

PRODUCTORA: Margarita Films. C.A.

DIRECTOR: Franco Rubartelli.

ACTORES: Simplicio Antonio Rodríguez, Luis Rafael Salazar, Guillermo Montesinos, David Lares.

GUION: Franco Rubartelli y Dominique Casutto

MUSICA: Miguel Angel Fuster.

LA HORA INTERNACIONAL

DEMETRIO BOERSNER

LA VIOLENCIA RETORNA AL MEDIO ORIENTE

Las esperanzas de paz en el Medio Oriente, originadas por la visita de Anwar el Sadat a Jerusalén en el mes de noviembre de 1977, sufrieron rudos golpes desde los primeros días de 1978. Los acontecimientos más recientes en el sur del Líbano retrotraen la región mesoriental al clima de conflicto y de intransigencia característico de épocas anteriores a los contactos egipcio-israelíes.

El mundo árabe está dividido en dos campos fundamentales, con respecto al problema de Israel y de Palestina. Existe un bando moderado, generalmente identificado con tendencias sociales conservadoras, y otro bando radical y belicoso, más o menos izquierdizante. Egipto, con su presidente Sadat encabeza el primero de estos grupos, y el otro tiene por protagonistas al Irak (más intransigente que ninguno), Siria, Libia, Argelia, Yemen del Sur y la Organización de Liberación Palestina. El bando "duro" se esfuerza por descalificar a Sadat y a los conciliadores como "traidores" a la nación árabe, y por impedir una pacificación que

tendría por base el sacrificio de las aspiraciones nacionales palestinas.

Durante el transcurrido mes de marzo, los guerrilleros palestinos árabes lograron infiltrarse en Israel, donde atacaron a autobuses turísticos y puestos militares judíos y causaron la muerte de veintinueve civiles. Sin duda el propósito del ataque fue el de sabotear los esfuerzos egipcios de pacificación, y de provocar una reacción agresiva por parte de los israelíes.

Los atacantes lograron su objetivo. La reacción del gobierno de Menahem Begin fue violenta —pero más de lo que esperaba ningún actor u observador de los hechos. Aviones israelíes atacaron las concentraciones populares palestinas en el sur del Líbano, bombardeando y ametrallando a hombres, mujeres y niños. La artillería y la infantería se unieron a la aviación, y pronto el sur del Líbano estaba vacío de palestinos. Por lo menos 2.000 civiles árabes perdieron la vida y muchos más sufrieron heridas. Las viviendas de los refugiados de Palestina en la región fronteriza con Israel quedaron destruidas. Una inmensa ola de hombres, mujeres y niños palestinos, y en parte libaneses musulma-

nes, huyó hacia el norte.

Begin ordenó a sus tropas permanecer en el sur de Líbano y anunció al mundo que no serían retiradas hasta el día en que hubiese garantías de que esa zona no serviría más nunca de base para operaciones guerrilleras contra Israel.

En el mundo entero se produjo una reacción de repudio a la acción del gobierno de Tel Aviv. El gobierno de los Estados Unidos y la propia opinión pública norteamericana, generalmente pro-israelí, reprobaron la brutalidad de la réplica de Begin a la incursión guerrillera palestina. Si la matanza de 29 turistas inofensivos fue injustificable, más lo es la represalia sanguiñaria que costó la vida de 2.000 seres probablemente inermes e inocentes.

La propia oposición israelí no ocultó su repudio a lo que está ocurriendo. Cada día más, el pueblo trabajador judío, a través de sus principales representantes políticos —los laboristas de Simón Peres junto con grupos socialistas de izquierda tales como el Mapam— se distancia del equipo sionista derechista del primer ministro Begin. En el parlamento, socialdemócratas y socialistas acusaron al actual gobierno israelí de llevar al país hacia el